

**FLORES
CELESTES.**



**LA
VIDA
DE
SAN ISIDORO**

S. Calleja - MADRID.

R. 31.574

VIDA

DE

T. 115 cm

SAN ISIDORO

Arzobispo de Sevilla y Doctor

Y DE

SANTA MARIA EGIPCIACA,

LA PENITENTE

escritas por

EL P. JUAN CROISSET, S. J.

y traducidas por

EL P. JOSÉ F. ISLA



ANT

XIX

1272/6

Con aprobación de la Autoridad eclesiástica.



MADRID

Saturnino Calleja, editor.

Calle de Valencia, 28.

Casa fundada el año 1876.



SAN ISIDORO



VIDA
DE
SAN ISIDORO

Arzobispo de Sevilla y Doctor.

(4 DE ABRIL)

No se sabe de cierto si San Isidoro nació en Sevilla ó en Cartagena. Desterrados sus padres de esta ciudad cuando Leovigildo, protector de los arrianos, empezó á perseguir á los católicos, pasaron á Sevilla, donde se sabe que se educó nuestro Santo, quedando á la

muerte de sus padres al cuidado de sus hermanos San Leandro y Santa Florentina, que compartían su amoroso celo entre San Isidoro y su otro hermano San Fulgencio, que era muy joven también. Santa Florentina cuidó con ternura de madre de la crianza de San Isidoro, y Leandro hacía á un tiempo los oficios de padre, de tutor y de maestro. Estimulaba su atención el contemplar ya en Isidoro un varón sumamente recomendable y provechoso para la Iglesia, según daban á entender los prodigiosos anuncios que se habían visto en su infancia. Uno de éstos fué que habiéndole dejado en el jardín el ama que le criaba para acudir á alguna ocupación ó precepto de sus amos, se advirtió que una multitud de abejas entraban y salían en la boca del niño, formando en ella un dulcísimo panal. El padre de Isidoro, que fué el primero en advertirlo, llamó á los demás hijos suyos y á todos sus criados para que viesen y admiraran un caso tan prodigioso. Al observarlo con atención creció notablemente la

maravilla de todos viendo que las abejas que salían de la boca de Isidoro se remontaban tan altas, que parecían introducirse en el cielo. Por todo esto comprendieron que San Isidoro había de ser muy sabio, y que en sus escritos había de competir una sublime doctrina con una dulzura celestial.

Con esta persuasión tomó San Leandro con tanto esmero la educación y enseñanza de su hermano Isidoro, que procuraba su instrucción sin perdonar diligencia ni trabajo, aunque el discípulo se manifestó en sus primeros años tan sumamente rudo, que obligó á su hermano á suplir con el castigo lo que juzgaba falta de aplicación, ó tal vez desatención á sus lecciones. Isidoro, que por su parte veía frustrado su trabajo, que le ocasionaba disgustos, reprensiones y castigos, llegó á acobardarse de manera que juzgó imposible vencer su rudeza con ninguna fatiga, y determinó abandonar su casa, no pudiendo sufrir la rudeza de su ingenio ni las agrias correcciones de su hermano. Pero la

providencia de Dios, que desde la cuna le había destinado para uno de los más brillantes astros de la Iglesia de España, dispuso que en la fuga encontrase los medios de tranquilizar su espíritu y de concebir un verdadero amor á las ciencias, que hasta entonces juzgaba por inasequibles. Habíase salido de la casa de sus hermanos y de la ciudad, y se sentó á reposar junto á un pozo que había no muy lejos de Sevilla. Mientras se reparaba de la fatiga que padecía, advirtió en unas piedras que estaban junto al pozo ciertos agujeros, y en unos maderos que formaban el brocal, unas canales muy hondas cuya causa no podía adivinar. Fué casualmente á la sazón una mujer á tomar agua; y habiéndole preguntado de qué podían provenir aquellos agujeros y canales, ella le respondió que la continuación del caer agua tanto tiempo sobre aquellas piedras había formado los agujeros; y las canales que veía en los maderos eran causadas por el continuo ludir de las sogas con que sacaban agua del pozo. Quedó Isi-

doro suspenso con la respuesta, y reflexionando sobre ella hizo para sí este discurso: «Si el agua y la sogá, sin embargo de ser materias tan blandas, hacen tanta impresión en la dureza del leño y de la piedra con la continuación, es que no hay cosa que resista á la firmeza y la constancia de nuestras resoluciones.» Este discurso fué una antorcha con que ilustró Dios su entendimiento para que conociese que con la aplicación podría vencer las dificultades que hasta entonces había tenido; y así, se volvió á su casa con la firme resolución de hacer cuanto le mandara su hermano. Éste, como instruído en todas las ciencias sagradas y profanas, quiso que su hermano las aprendiese todas según su capacidad. Como se aplicaba al trabajo con otro gusto y aplicación que la que solía antes de haber recibido las mudas instrucciones de la piedra y el madero, comenzó á hacer tan notables progresos, que era tanta su facilidad cuantas habían sido primero su dificultad y su rudeza. Dedicóse á un

profundo conocimiento de la lengua latina, averiguando todas sus propiedades, sus raíces y derivaciones. Las lenguas santas no le merecieron menos atención, considerándolas como una llave para entrar en el secreto de la divina sabiduría. Pero en lo que más se aventajó, según atestiguan San Braulio y San Ildefonso, fué en una elocuencia tan vencedora y una gracia en el decir tan llena de atractivos y dulzura, que sabios é ignorantes estaban igualmente gustosos pendientes de sus palabras: y llegó á tener tanta fama y concepto por sus virtudes y sabiduría, que habiendo sido Dios servido de llevarse para sí á San Leandro siendo arzobispo de Sevilla, por los años del Señor de 599, fué elegido para sucederle en aquella grande prelación por unánime consentimiento del clero y del pueblo. Colocado en la cima de tan sublime dignidad, de toda España concurrían á recibir su instrucción y á participar de su admirable sabiduría. Competían con ésta su prudencia, su castidad, su constancia, su

justicia y su modestia. Todas las virtudes de un obispo, todas las cualidades de un padre y todas las prendas de un maestro, se hallaban como en su centro en San Isidoro.

Tenía siempre presente aquella sentencia de San Agustín que aconseja al prelado: *Que solicite más bien que le amen por la blandura de su trato que no que le teman por el rigor de sus correcciones.* Así, San Isidoro procuraba ejercitar con sus súbditos el oficio de padre más bien que el oficio de superior.

Entre los objetos que más arrebataron su pastoral atención fué uno el cuidado de la educación de los jóvenes que habían de consagrarse al ministerio del altar. Cuidaba con sumo esmero de que se emplearan, no solamente en el estudio, sino en ejercicios devotos y cristianos. Como conocía que no todo espíritu es propio para todo ministerio y estado, deseaba que en el recogimiento, en la aplicación y en el retiro diesen los jóvenes anticipada muestra de las costumbres con que honrarían después

la dignidad del sacerdocio. Para examinar punto tan importante con toda la delicadeza que le sugería su celo, y al mismo tiempo para impedir que los jóvenes anduviesen vagando por la ciudad con grave perjuicio de sus costumbres, cuidó de edificar fuera de Sevilla un magnífico y hermoso colegio, en el cual aprendió las ciencias San Ildefonso, arzobispo de Toledo, y se educó y formó San Braulio, obispo de Zaragoza, uno y otro de los más santos y sabios obispos que ha tenido España, y aun toda la universal Iglesia. Como el Santo no podía enseñar en todas las clases, ni sus cuidados pastorales le permitían ejercitar muchas veces el magisterio, hacía exquisitas diligencias para averiguar en dónde había los maestros de mayor sabiduría y virtud; y hallados, los llevaba á su colegio á fuerza de ruegos y con el atractivo de premios cuantiosos y excesivos. De esta manera logró llenar á España de aquellos grandes hombres que forman su verdadera siglo de oro. Su celo pastoral no se contenía

en los estrechos límites de su colegio de Sevilla; atendía á la educación y buen régimen de los monasterios, cuidando de que la juventud fuese instruída en la sana doctrina y en las ciencias provechosas para el servicio y esplendor de la Iglesia. Los conventos de vírgenes los miraba como jardines amenos, y aunque su castidad angélica procuraba evitar la comunicación con toda mujer, á las religiosas que sobresalían en virtud y se adelantaban á las demás en el cumplimiento de sus obligaciones no solamente las veneraba, sino que les repartía cuantiosas limosnas. Su caridad, su celo, su fervor y la grandeza de su espíritu se extendían á todas las regiones, á todos los objetos, á todas las necesidades. Edificó muchos y hermosos monasterios en toda la Península, y deseoso de aprovechar con su persona á aquellos mismos que había enriquecido con las largas efusiones de su caridad, quiso predicar la palabra de Dios de una manera apostólica peregrinando de ciudad en ciudad, como de hecho lo ejecutó,

con gran aprovechamiento de cuantos tuvieron la ventura de oírle. Á tan sublimes virtudes era natural que siguieran obras grandes y ruidosas. Lo fué, sin duda alguna, la suscripción al decreto del rey Gundemaro sobre que la santa Iglesia de Toledo fuese reconocida por metrópoli en toda la provincia Cartaginense. En el año de 610 fué San Isidoro á Toledo llevando en su compañía á su hermano San Fulgencio y á otros varios obispos; y habiendo recibido á Gundemaro, que acababa de ser electo rey, fué San Isidoro el primero que firmó el decreto famoso. Entretanto, para reformar los abusos que se habían introducido en la disciplina eclesiástica, y asimismo para afirmar el dogma, dispuso un Concilio provincial, que se tuvo en Sevilla el año 619. San Braulio hace mención de otro sínodo, y de un tal Sinthario que en él fué condenado; pero de este hecho hay escasas noticias. No sucede así con el Concilio IV de Toledo, el cual presidió el Santo, como más antiguo, el año 633. En este Concilio

manifestó la gran autoridad que le habían granjeado sus muchos años, su gran sabiduría y sus continuados trabajos en beneficio de la Iglesia. Se cree que así como el Concilio III de Toledo fué dispuesto por San Leandro, así también el Concilio IV lo fué por San Isidoro, que estaba sumamente débil de fuerzas y quebrantado de salud. Más de treinta y tres años que llevaba ya de prelación, sin intermisión en los penosos trabajos de escribir, predicar, corregir y enseñar, le habían llevado á un estado en que tuvo que suplicar á San Braulio que viese y corrigiera el libro de las Etimologías. Esta consideración favorece la conjetura de los que creen que San Braulio tuvo mucha parte en la formación de los cánones y decretos de aquel Concilio.

Como quiera que sea, San Isidoro llegó á tal estado de gloria y fama en toda la Iglesia, que su nombre bastaba para dar autoridad á cualquiera Asamblea. Los multiplicados escritos que habían salido de su fecunda pluma extendie-

ron su fama por toda la Tierra. En ellos veían un hombre consumado en las ciencias sagradas y profanas, sin que á su vasta comprensión se negasen las flores de las letras humanas ni los adornos de la erudición. La colección de cánones antiguos y legítimos, el prefacio que le precede, el tratado de varones ilustres y otras varias obras prueban que la sabiduría y extensión de los conocimientos de este santo Prelado fueron proporcionadas á su heroica santidad. Con uno y otro ilustró la Iglesia de España y se labró merecimientos tan grandes que era justo que fuese ya á gozar de las eternas recompensas que le eran debidas. Conoció el mismo Santo que llegaba ya el fin de sus días y el término dichoso de sus gloriosas tareas. Dispúsose para él doblando sus ejercicios piadosos, y principalmente las cuantiosas limosnas que mandó repartir á los pobres. En esto fué tal su esmero, que en el espacio de más de seis meses anteriores á su dichoso tránsito comenzaba este caritativo ejercicio al

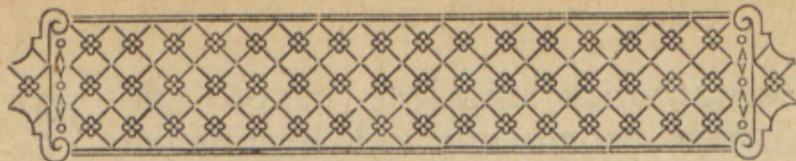
salir el Sol y no lo interrumpía hasta la noche sino el tiempo necesario para reparar sus fuerzas con un moderado alimento. Viendo que iban faltándole las fuerzas y que se acercaba por momentos la última hora, á causa de que una calentura continua iba poco á poco acabando su vida, mandó llamar á dos obispos sufragáneos suyos para hacer en su presencia la ceremonia de la penitencia, según la costumbre de aquel tiempo. Llegados que fueron Juan y Epacio, mandó que le llevasen desde su celda á la basílica de San Vicente mártir. Esta traslación fué solemnizada por un piadoso y numerable concurso que concurrió de todas partes á ver á su prelado y recibir sus últimas amonestaciones. Los pobres concurrían en tropas con el semblante abatido y los ojos cubiertos de lágrimas, manifestando su dolor con gemidos y voces lastimeras. Los clérigos, los religiosos y todas las gentes en Sevilla tanto nobles como plebeyas llenaron la Catedral, donde no se oía otra cosa que los gemidos y sollozos con

que manifestaban su pena por la próxima falta de su pastor y de su padre. Los ojos más indiferentes estaban anegados en llanto, y los pechos más duros se deshacían en amargura. Llegado á la iglesia, mandó que le pusieran junto al cancel del altar y que ahuyentasen de allí á las mujeres para recibir la penitencia en presencia solamente de los hombres, conservando de este modo á la honestidad los delicados privilegios que con tanto escrúpulo había guardado toda su vida. En este estado recibió el cilicio de uno de los dos obispos, y pidió al otro que le cubriese de ceniza; y levantando las manos al cielo, hizo su confesión, terminándola con una devotísima y tierna oración, que aumentó el dolor y las lágrimas de todos los concurrentes; y recibiendo de mano de los obispos el cuerpo y sangre de Jesucristo, testificó con profundos gemidos de su corazón su indignidad y las inauditas misericordias del Señor. Después pidió perdón á todos los circunstantes, que correspondieron pidiendo á Dios con

grandes gemidos que le perdonase; y habiendo el Santo perdonado también las deudas pecuniarias de algunos, mandó distribuir entre los pobres todo el dinero que le había quedado, y solicitó entretanto que todos los circunstantes le diesen ósculo de paz.

Concluidas estas venerables y augustas ceremonias, en que se dispuso con la penitencia y se armó con la sagrada Eucaristía para salir de este mundo, volvieron á llevarle á su habitación, donde á los cuatro días después de haber recibido la penitencia murió santamente, como había vivido. Sucedió su tránsito el día 4 de Abril del año 336, habiendo gobernado la cátedra de Sevilla por espacio de cerca de cuarenta años con rectitud, integridad, celo y todas las virtudes que hacen grande y recomendable á un obispo. Apenas murió, recibió aún de los hombres el justo premio de los aplausos; porque no solamente San Braulio y San Ildefonso hicieron su elogio aclamándole sabio y santo, sino que el Concilio octavo nacio-

nal celebrado en Toledo diez y siete años después de su muerte no dudó en proclamarle con los sobrenombres más distinguidos, llamándole «Doctor egregio de nuestro siglo, nuevo honor de la Iglesia católica, posterior en edad á los demás doctores, pero en nada inferior en la doctrina; el más sabio que produjeron los últimos siglos, y cuyo nombre debe pronunciarse con reverencia.»



VIDA
DE
SANTA MARIA EGIPCIACA
LA PENITENTE

(2 DE ABRIL)

Vivía en la Palestina un solitario llamado Zósimo, el cual, deseando mayor perfección, se trasladó á un monasterio próximo al suyo. En él se celebraba la primera dominica de Cuaresma con una misa muy solemne, en que comulgaban todos los monjes, recibían la bendición de su abad, despedíanse unos de otros

tiernamente dándose ósculo de paz, abríase la puerta del monasterio, salían todos, y pasando el Jordán, cada uno se retiraba á lo más profundo y escondido del desierto, hasta el domingo de Ramos, en que todos debían volver al monasterio.

Zósimo pasó el Jordán con los demás monjes; y veinte días después de hallarse en el desierto vió en una ocasión una mujer que corría. La siguió, y cuando estuvo cerca dijo en voz alta: «¡Siervo de Dios, ruégote por aquel Señor á quien sirves que te detengas y me aguardes!» Hízolo la mujer luego que se metió en una especie de foso ú hoyo donde de algún modo podía encubrir su desnudez. Cuando el santo viejo iba acercándose hacia el borde, oyó una voz que le dijo: «Padre Zósimo, echa tu manto á esta pobre pecadora, si quieres que reciba tu bendición y pueda hablarte.»

Oyéndose Zósimo llamar por su nombre, no dudó que aquella persona á quien Dios se le había revelado era un alma de grande santidad. Le arrojó su

manto, y habiéndose cubierto la Santa, salió del hoyo y se fué hacia el santo viejo: éste se puso de rodillas y le pidió su bendición; pero la Santa, postrándose á sus pies, le dijo: «¿Has olvidado, padre, que eres sacerdote, y que á ti te toca darme tu bendición y rogar á Dios por la mayor y más miserable pecadora que ha habido en el mundo?»

Concluída esta pequeña contienda de humildad, y levantándose los dos, rogó Zósimo á la Santa que le dijese quién era y cuánto tiempo hacía que vivía en aquel desierto.

«Yo soy—contestó la Santa—una pobre mujer natural de Egipto, que, habiendo dejado la casa de mis padres á los doce años de mi edad por vivir á mi libertad, me fuí á Alejandría, donde me entregué á todo género de disoluciones por espacio de diez y siete años. No pecaba por interés; pecaba únicamente por pecar, no pretendiendo más premio del pecado que el pecado mismo. Creeré que hasta ahora ninguna mujer ha perdido en el mundo á tantas almas, y que

el Infierno no ha suscitado en él cortezana más perniciosa que yo. Viendo un día que concurría hacia el mar una gran multitud de gentiles para embarcarse, pregunté adónde iban, y habiéndome informado de que pasaban á Jerusalén á celebrar la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, me dió gana de seguir á la muchedumbre. Embarqué, y me estremezco de horror cuando me acuerdo de los abominables escándalos de que llené á todo el navío. Viví en Jerusalén como había vivido en Alejandría; con el mismo desorden, con la misma disolución, con la misma desvergüenza.

» Llegado el día de la fiesta, concurrí con los demás á la puerta de la iglesia para adorar la Santa Cruz; pero al querer entrar me detuvo poderosamente una mano invisible. Quedé tan sorprendida como sobresaltada. Hice nuevos esfuerzos; pero todos fueron inútiles: cuanto más forcejeaba, con tanto mayor fuerza era repelida. Abrí los ojos del alma, y conocí que mis enormes culpas eran las que me hacían indigna de ver

y adorar el sagrado madero en que Jesucristo obró nuestra redención. Llena de confusión y deshaciéndome en lágrimas comencé á mirar con horror mis gravísimos pecados: á la confusión se siguió inmediatamente el dolor, y toda turbada me senté en un rincón de la plaza, donde enteramente me entregué al llanto, al arrepentimiento, á los gemitos, á los suspiros más vehementes que me arrancaba el dolor de lo más íntimo del pecho. En medio de esta desolación levanté casualmente los ojos hacia arriba, y vi enfrente de mí una imagen de la Santísima Virgen. Acordándome entonces de haber oído decir muchas veces que María era madre de misericordia y refugio de pecadores, «¡Madre de misericordia—exclamé,—tenedla de esta infeliz y miserable criatura! Refugio sois de pecadores; pues siendo yo la mayor de todas las pecadoras que ha habido, parece que tengo algún particular derecho á vuestra especial protección. ¡No merezco, Señora, que mi Dios derrame sobre mí aquella abundancia

de gracias que prodiga hoy sobre tantas almas fieles como se aprovechan de la sangre de Jesucristo; pero á lo menos no me neguéis el consuelo de ver y adorar en este día el sacrosanto madero en que mi dulce Redentor obró la salvación de mi alma! ¡Yo os prometo, Señora, que después de este favor que espero de vuestra clemencia, me iré prontamente á un desierto á llorar por todos los días de mi vida mis enormisimas culpas, y á vivir tan retirada del mundo, que pierda del todo su infeliz memoria!»

»Animada entonces de una extraordinaria confianza, me levanté intrépida, partí á la iglesia apresuradamente, y entré en ella sin resistencia, como todos los demás. Allí, penetrada de religioso temor y despedazado de dolor el corazón, me postreé ante aquella preciosa prenda de nuestra redención, y detestando amargamente mis maldades, dejé regado el suelo con mis lágrimas.

»Hecha esta diligencia, volví con nuevo aliento al sitio donde estaba la imagen de la Santísima Virgen, y puesta de

rodillas, le dije con la mayor confianza: «¡Madre de misericordia, después de Dios, vuestra es la obra de mi conversión! ¡No dejéis imperfecto lo que habéis comenzado! Indigna soy de vuestros favores, pero no de vuestra compasión. En Vos coloco toda mi esperanza, después de Jesucristo. Os prometí dejar el mundo; aquí estoy dispuesta á cumplir lo que ofrecí: dadme á entender lo que debo hacer, y sed mi conductora en el camino de la salvación.»

» Apenas acabé de hacer esta oración, cuando oí distintamente una voz como á larga distancia, que me decia: *Pasa el Jordán, y hallarás descanso.* No deliberé un punto, y suplicando á la Virgen que fuese mi buena madre, salí al instante de la ciudad, llevando por toda provisión tres panes. Llegué hacia el anochecer á la orilla del Jordán, donde hallé una iglesia dedicada á San Juan Bautista; entré en ella, pasé en oración un poco de tiempo, y después de comer medio pan de los que llevaba, gasté lo restante de la noche en detestar mis

maldades, en gemir y en implorar la misericordia divina. Luego que llegó la mañana purifiqué mi alma con el sacramento de la penitencia, recibí la sagrada Eucaristía, y volviendo á encomendarme á la Santísima Virgen, á quien debo mi conversión, pasé el Jordán en un batel, y entré en este dichoso desierto, siendo de edad de veintinueve años, sin que en cuarenta y siete que estoy en él haya visto otra persona que á ti. El poco pan que traje se acabó presto: después no he comido más que hierbas y raíces.

»No quieras, padre, obligarme á que te cuente las espantosas tentaciones y las terribles pruebas á que me vi expuesta por espacio de diez y siete años: sólo con acordarme de ellas me estremezco. Todo el Infierno junto parecía haberse desatado contra mí; mis pasiones, mi corazón, mis potencias, mis sentidos, parecían haberse conjurado todos para perderme.

»Si no perecí, efecto fué de la misericordia del Señor. Para lidiar con tantos

enemigos, no usaba de otras armas que doblar la oración, aumentar la penitencia, tener cada día mayor confianza en Dios y en la protección de la Santísima Virgen, á la cual debo la gracia de mi conversión y la de mi perseverancia. En ella encontraba cuanto había menester; ella me asistió en todos los peligros; ella presentó á su Hijo mis lágrimas y mis gemidos, y ella me ha conducido como por la mano en esta penosa carrera.»

Como vió Zósimo que se valía de algunas palabras y lugares de la Sagrada Escritura, le preguntó si los había leído. «Nunca he sabido leer—respondió la Santa;—pero el Señor lo suple todo cuando es su santísima voluntad.» Diciendo esto se levantó, y encargándole el secreto mientras ella viviese, le rogó que al año siguiente volviera á verla el día de Jueves Santo y la llevase la sagrada Eucaristía para poder comulgar. «Hasta ese día—añadió con espíritu profético—no saldrás del monasterio, ni estarás en estado de poder salir; pero ese día vendrás á la orilla del Jordán, y en ella me

encontrarás»; con lo cual le pidió su bendición, y se retiró.

El santo viejo Zósimo, alabando mil veces al Señor por haberle descubierto aquella maravilla de la gracia, se volvió á su monasterio donde pasó todo el año en perpetuo silencio y en la más rigurosa penitencia. Llegada la cuaresma siguiente se halló asaltado de una ardiente calentura que le molestó por toda ella y no le permitió salir del monasterio hasta el Jueves Santo, según la profecía de la Santa. Este día, obtenida particular licencia de su abad, salió del convento y llegó ya muy tarde á la orilla del Jordán, llevando consigo la sagrada Eucaristía. Apenas llegó, cuando á la luz de la Luna descubrió á la Santa en la orilla opuesta. Era la dificultad cómo había de pasar el río; mas la Santa, hecha la señal de la cruz, caminó sobre el agua como pudiera por tierra firme. Atónito y asombrado, Zósimo se puso de rodillas; mas la Santa le levantó recordándole que era sacerdote, y diciéndole que mirase lo que llevaba con-

sigo. Prostrada después á presencia del Santísimo Sacramento, y deshaciéndose en lágrimas, pidió al padre que rezase el Credo y el Padrenuestro. Acabadas estas oraciones, le dió el Santo la Comunión; y ella, penetrada de los más vivos sentimientos de devoción, de amor y de reconocimiento, levantando los ojos y las manos al Cielo, exclamó diciendo: «¡Ahora, Señor, dejad id en paz á vuestra sierva, según vuestra divina palabra, pues han visto mis ojos la salud que viene de Vos!» Y vuelta después á Zósimo, le dijo: «Padre, otra gracia tengo que pedirte, y es que la cuaresma que viene tengas á bien volver á aquella parte del desierto donde me viste la primera vez, y allí me hallarás como Dios fuere servido.» «Pues yo también tengo que pedirte—le replicó Zósimo,— y es que quieras tomar alguna cosilla de lo que te traigo prevenido para comer». La Santa tomó tres granos de lenteja, se los metió en la boca, le pidió su bendición, hizo la señal de la cruz, volvió á pasar el Jordán y se retiró.



Llegado el año siguiente y el tiempo acostumbrado en que los monjes se retiraban al desierto, salió Zósimo con los demás, y se encaminó hacia aquella parte de él donde dos años antes había encontrado á nuestra Santa la primera vez, yendo muy prevenido para no olvidarse de preguntarle su nombre, como se había olvidado en las dos ocasiones precedentes. Pero ya la encontró muerta, tendido en tierra el cadáver, tan fresco como si acabara de expirar, y junto á él, escritas en la arena estas palabras: «Padre Zósimo, entierra aquí por caridad el cuerpo de la pobre María, que murió el mismo día de Viernes Santo, luego que recibió la sagrada Comunión, y no te olvides de rogar á Dios por ella.»

Enternecióse Zósimo á vista del santo cuerpo, y derramó algunas lágrimas sobre él. Hecha después oración, vió venir hacia sí de lo interior del desierto un león de extraordinaria grandeza. Al principio se sobresaltó; pero serenóse pronto, viendo que la fiera se acercaba

mansamente hacia la Santa, y como que le besaba los pies. Arrimándose después al mismo Zósimo, comenzó como á halagarle con blandos movimientos de la cola. Hecho esto, abrió con las garras un hoyo bastante profundo, y volviendo á emboscarse en el desierto, dejó libertad á Zósimo para enterrar el santo cuerpo, como lo hizo, cantando los salmos y las demás oraciones que acostumbra la Santa Iglesia en estos casos. Concluido este piadoso oficio se restituyó Zósimo á su monasterio, donde contó lo que habia visto, del modo que acabamos de referirlo.

FIN



